

**UNIVERSIDAD DEL CEMA
Buenos Aires
Argentina**

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Economía

MANUEL BELGRANO, SEGÚN OVIDIO GIMÉNEZ

Juan Carlos de Pablo

**Junio 2020
Nro. 729**

**www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding <jae@cema.edu.ar>**

MANUEL BELGRANO, SEGÚN OVIDIO GIMÉNEZ

Juan Carlos de Pablo*

Para recordar a Manuel Belgrano, en el 250 aniversario de su nacimiento, y 200 de su fallecimiento, la Academia Nacional de Ciencias Económicas había preparado un panel, que yo iba a integrar. El coronavirus le jugó una mala pasada al creador de la bandera, pero no impide que publique la versión escrita de lo que pensaba decir.

Ovidio Giménez (1909 - 1998), fue miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas entre 1966 y 1998. Al año siguiente de su fallecimiento se publicó su Vida, época y obra de Manuel Belgrano (Academia Argentina de la Historia-Ciudad Argentina), obra de 794 páginas que mereció el siguiente calificativo por parte de Enrique de Gandia, “El Belgrano del doctor Ovidio Giménez es un formidable esfuerzo de erudición: tal vez el más grande que se ha hecho después de Mitre”.

A propósito del 250 aniversario del natalicio de Belgrano, y del 200 aniversario de su fallecimiento, en estas líneas sintetizo los subrayados que le hice a mi ejemplar de la referida obra, al tiempo que realizo algunas reflexiones.

Belgrano es mi héroe, entre los Padres de la Patria de nuestro país, porque fue el “boy scout” (¿hoy, “persona scout”?), por aquello de siempre listo, en la difícil época en la que le tocó actuar. Esto lo sabía antes de tomar contacto con la obra de Giménez, pero su lectura me sirvió porque describe de manera detallada el difícil contexto en el cual Belgrano tuvo que adoptar las decisiones. Giménez es un ferviente admirador de Belgrano, pero el texto no es empalagoso.

Estas líneas están divididas en 2 partes. En la primera planteo mis reflexiones, mientras que en la segunda cito lo que más me llamó la atención de la obra de Giménez, tomándome la libertad de reagrupar las afirmaciones por tema (el número que aparece entre paréntesis corresponde a la página del original).

* Los puntos de vista del autor no necesariamente reflejan la posición de Universidad del Cema.

. . .

Prosperar vía la educación. El padre de Belgrano, comerciante, envió a su hijo Manuel a estudiar a España. ¿Se habrá inspirado en este caso Florencio Sánchez, cuando más de un siglo después escribió “M’ hijo el doctor”? El progenitor quería que su hijo siguiera sus pasos. ¿Qué sentido tenía ir hasta España, para aprender el arte de comprar y vender? El caso sugiere lo intrincado que debía ser el comercio, por lo que modernamente denominaríamos la intervención estatal.

El hijo, de cualquier manera, se inclinó por estudiar leyes. Salamanca le sirvió, pero no tanto por lo que aprendió en las aulas, cuanto por las relaciones que cultivó, las cuales le posibilitaron conseguir uno de los pocos puestos públicos de importancia, que durante el virreinato podían ser ocupados por alguien nacido en el continente americano.

El comercio entre España y las colonias, parece un chiste de gallegos. ¿A quién se le pudo haber ocurrido, con los medios de transporte y el poder de policía factibles, dada la tecnología de la época, que el comercio entre España y las colonias americanas, sólo se podría hacer desde un puerto español hacia otro ubicado en América, desde donde las mercaderías serían distribuidas por tierra? El contrabando fue un obvio subproducto de un esquema empíricamente absurdo, presumiblemente diseñado por los comerciantes que inicialmente se beneficiaban, y funcionarios que les siguieron la corriente.

Al respecto, junto a los escritos de Belgrano, redactados en su carácter de secretario del Consulado, cabe citar “La representación de los hacendados”, debida a la pluma de Mariano Moreno, un modelo de cómo se tiene que petitionar a las autoridades¹.

Mayo de 1810 no fue precisamente un picnic. Me encanta imaginar escenas. El 25 de mayo de 1810 los patriotas invitaron al virrey Cisneros, a que se fuera... ¿a su casa? El hecho es que ese día no murió nadie. Pero no estaba para nada claro que todos los habitantes de lo que hoy se denomina Argentina, se encolumnaran detrás de lo que ocurrió en el Cabildo de Buenos Aires. Por el contrario, los poderosos de algunas provincias estaban en contra y podrían reaccionar utilizando las armas, y encima existía la posibilidad -que se verificó años después- de que España, liberada de Napoleón, intentara la reconquista de las tierras que habían declarado su independencia.

¹ Moreno le dijo al Virrey: “usted tiene un problema” (se quedó sin ingresos públicos, porque el comercio exterior legal había sufrido muchísimo, como consecuencia de la guerra entre España y Francia). “Yo tengo la solución a su problema” (legalice el comercio que se realiza con otros países, es decir, blanquee el comercio que hoy se realiza vía contrabando). Da “la casualidad” de que la solución a su problema mejoraría la economía de mis representados, quienes hoy tienen que malvender sus productos exportables, porque se los tienen que vender a los contrabandistas. El planteo es brillante.

Es entendible, en estas circunstancias, que cuando alguien era convocado a prestar un servicio público, la mayoría mirara para otro lado y Belgrano asumiera todos los costos y los riesgos. Costos y riesgos que se medían sobre la libertad y hasta la propia vida, no solamente sobre la pérdida de sus bienes.

Lo mejor es enemigo de lo bueno. “Hay generales que forman el plan de batalla en su cabeza, establecen teóricamente el orden de su línea y después buscan un terreno adecuado para realizar su ideal concepción. Si un incidente les obliga a salir del teatro que han elegido, falla el plan y su aplicación práctica desencadena errores que se pagan muy caros. Es exactamente lo que sucedió en Ayohuma. El general Belgrano no debió con tanta anticipación ocupar el campo de batalla que había elegido, revelando de este modo sus intenciones. Pezuela nos presentó la más bella ocasión de vencerlo, bajando tan lenta como estúpidamente una cuesta que era un verdadero desfiladero. Si en esos momentos hubiera sido atacado, es más que probable que hubiera sido deshecho. Pero Belgrano no se movió, por esperarlo en el campo de su elección. La batalla de Ayohuma estuvo perdida antes de darse”, afirma el general José María Paz en sus Memorias póstumas. Lo importante es que no dijo lo que dijo a la luz del resultado de la lucha, sino analizando el proceso decisorio de manera crítica.

Monarquía. Quien mira el pasado con ojos del presente, no entiende nada. Leer, a comienzos del siglo XXI, que Belgrano estaba por la monarquía, suena cuanto menos sorprendente. Ocurre que en aquellos momentos la república no era una alternativa válida; y mucho menos se hablaba de democracia. Pero no se trataba de una monarquía absoluta, sino más bien de una monarquía constitucional tipo -supongo- la que existía en Inglaterra.

. . .

En 1814 escribió su Autobiografía (560).

FAMILIA. Entre los antepasados de Belgrano no hay reyes, ni príncipes, ni nobles, ni gentilhombres, ni alcurnia o abolengo, como por entonces era preciso hasta para alcanzar posiciones no sólo en la Corte española, sino hasta para poco importantes destinos oficiales en América (9). Belgrano procedía de gentes bien nacidas, de prestigio, jerarquía, virtuosas y decididamente católicas, calidades que veremos reproducidas y aún acrecentadas en el vencedor de Tucumán y Salta (24). Fue cuarto hijo varón (31). El padre de Belgrano sabía por experiencia que el comercio, en especial el ultramarino, producía grandes utilidades, pero requería amplios conocimientos que no se podían adquirir en la colonia, por lo que decidió enviar a su hijo a obtenerlos en España (37).

ESTUDIOS. Belgrano eligió la carrera de las leyes, por entonces el camino más idóneo para alcanzar los altos estamentos de los pocos cargos que a los nativos se les permitía ocupar (39). Bebió su cultura en España, no tanto en los claustros de las universidades, cuanto por el empeño puesto como autodidacta al que lo impulsaban sus ansias de saber (53). Los profesores eran de una inconcebible incompetencia (55)². Lo más importante de su permanencia en la capital española fue relacionarse con gente de cultura, prestigio e influencias ante la Corte. A ello se debió indudablemente que fuera señalado y designado Secretario Perpetuo del Real Consulado de Buenos Aires (60). Durante su estadía en España todavía no hablaba bien el inglés, aunque lo comprendía. En francés podía mantener una conversación con tono ágil. Dominaba el italiano, que seguramente lo aprendió de su padre, desde la infancia (78).

PERSONALIDAD. No era un orador, su timbre de voz no lo ayudaba. Demostró ser un escritor nato y un periodista hábil, pero en aquel entonces pocos sabían leer (186). Los jóvenes cultos y distinguidos lo rodean y lo aceptan, no como un líder sino como un maestro. Tampoco él pretendía lo primero, no se sentía caudillo (243). En las tertulias de la jabonería de Vieytes el nervio y consejo era Belgrano, el entusiasmo Castelli, la prudencia Vieytes, y la alta razón Paso (386). Belgrano era un estadista, pero no un hombre de gobierno para épocas revolucionarias. Carente de ambición, pacífico por naturaleza, modesto por carácter, no es de extrañar que la vigorosa personalidad de Moreno eclipsara, en los primeros momentos de actuación, la figura mesurada y serena de Belgrano (417).

Su salud fue siempre precaria (202). Al final de sus días era un hombre extremadamente pobre, siendo abandonado por casi todos (720). Su muerte pasó inadvertida para la población de Buenos Aires. Durante su sepelio no hubo ni formación de tropas, ni discursos, ni gentes: sólo el silencio como homenaje (739). El día de su fallecimiento, el 20 de junio de 1820, es recordado como el día de los 3 gobernadores (740).

ESPAÑA Y SUS COLONIAS. El error de España fue su tradicional poca disposición a la evolución (47). El enemigo principal de España era el propio temperamento de los españoles, inimitable, valeroso e intrépido como conquistador, pero carente de todo sentido o habilidad como administrador (113).

La creación del Virreinato del Río de la Plata, en 1776, no tuvo por objeto el beneficio de Buenos Aires, sino que respondió a causas político-militares (889). Una férrea legislación obligaba a que todas las riquezas americanas pasaran directamente a la Península. A su vez ella debería ser la única proveedora de productos europeos, en lo posible españoles, con destino a la colonia. Con ese objeto en 1503 se creó la Casa de Contratación (112). Al llegar al puerto de

² Queja muy parecida a la formulada por Adam Smith, cuando estudió en Oxford. Según “el solterón escocés de peluca empolvada”, según la simpática descripción de Paul Anthony Samuelson, de su paso por Oxford Smith rescataba la biblioteca.

Buenos Aires, las mercaderías veían incrementados sus precios en 600%, y aún más, con respecto a los que se expendía en la Metrópoli española (17).

Se llegaba al extremo de prohibir en América todo cultivo o industria que pudiese competir con los de la Metrópoli, que nada hacía para su mayor progreso y desarrollo. Por lo tanto, el estancamiento de ellos significaba la paralización de nuestro crecimiento. No se permitía tampoco el intercambio comercial entre las colonias entre sí (160). Una práctica propia del absolutismo real, nada concedía que no fuera a ruego (168). Los propios virreyes tenían prohibido traer a sus familias (136).

Lo que más enardecía los espíritus criollos de la etapa prerrevolucionaria, era la discriminación establecida entre españoles y criollos (46). Para poder apreciar la labor que habría de desarrollar Belgrano es necesario conocer la situación de la colonia al tiempo de su regreso [en 1794]. Lo primero que pudo apreciar fue el abusivo despotismo que caracterizaba la acción de España, a los fines de dominar y mantener sujetas a sus colonias (133).

CONSULADO. La historia del Consulado está estrechamente unida a Belgrano; él fue quien le dio vida y le imprimió dinamismo y acción (178). Si el Cabildo fue el símbolo de América de la libertad política, el Consulado de Buenos Aires lo fue de su libertad económica (201). Belgrano no regresó a su patria con proyectos separatistas, sino imbuido de designios de bien público y de combatir el absurdo monopolio comercial que España férreamente imponía a la colonia, motivo de su atraso y decadencia (53).

Pronto se daría cuenta de las dificultades que debía afrontar y cómo sus ilusiones de realizar una obra provechosa para la colonia, le producirían una gran decepción, al conocer a las personas que el Rey había nombrado para integrar el organismo cuya secretaría a perpetuidad venía a ejercer (170). Al iniciar sus actividades observó que el Consulado estaba constituido por comerciantes, en su gran mayoría españoles, quienes mal podrían preocuparse por el fomento de la producción agraria. A partir de 1796 la mitad de los miembros serían comerciantes, la otra mitad hacendados (171).

Lo que Belgrano encontró en la campaña, aunque no la visitara, eran hordas más salvajes que las tribus, porque éstas tenían jefes y un orden establecido, del que los gauchos y el paisanaje carecían (156). No conocía personalmente el interior y carecía de tiempo para recorrerlo, pero invitaba a su despacho a cuanta persona podía y creía que pudiera serle de utilidad con su información (184).

La Colonia del Sacramento, situada frente a Buenos Aires, fue la base del contrabando, y gracias a ello la población de la colonia podía vestirse, alimentarse y subsistir (161). El contrabando no sólo fue una tentación, sino una verdadera necesidad para el abastecimiento, las urgencias y el progreso de los habitantes de las colonias (121). Inútil sería el celo de la aduana de Buenos Aires para impedir la entrada de autores considerados subversivos. Fue así como un

grupo selecto que más tarde constituiría el sector ilustrado colonial, tuvo acceso a los escritores del enciclopedismo, que se leían a escondidas (64).

PERIODISMO. A efectos de tener informada a la población, el virrey Cisneros decidió crear un diario, el Correo de comercio (332). En Belgrano el periodismo era una condición vocacional (334). Belgrano se las ingenió de manera de no levantar las quejas de los esbirros del virrey; así debe verse el contenido de sus varias ediciones y así deben interpretarlos los que critican su contenido, como insustanciales y hasta infantiles trabajos escolares. Según Belgrano, todos los escritos tenían un doble sentido y una doble intención (335). El Correo intentaba servir a los 400.000 habitantes del Virreinato, a través de los 15.000 que sabían leer y escribir (336).

MAYO DE 1810. Según Enrique de Gandia, “Ovidio Giménez ha escrito páginas superiores sobre el gran problema de Mayo”. Al triunfar Napoleón sobre los españoles, los patriotas precipitaron la solución de Mayo, sin que por ello existiera entonces idea alguna que pretendiera independizarnos políticamente de la corona de España (568). Saavedra en sus memorias describe la situación de angustia que en aquellos primeros momentos dominaba a los responsables de los sucesos de Mayo (421). La situación de la Junta en junio y julio de 1810 no era fácil, pues el nuevo régimen no contaba con mayoría en la población (422). Los hechos obligaron a la Junta a obrar con mano dura, pues hasta llegó a temerse una contrarrevolución (422). Al decir de Alberdi, el gobierno de Mayo fue porteño, mas no argentino (425). Había mucha anarquía en las almas patriotas. Muchos siglos de sojuzgamiento español habíanse transformado en una libertad que todavía no sabíamos administrar (566). Por orden de Castelli, el 26 de agosto de 1810 fusilaron a Liniers (423).

MILITAR. Considerando la forma de ser de Belgrano, no es de extrañar que habitualmente se echara mano de él cuando las circunstancias apretaban y todo parecía oscuro y contrario a los propósitos del gobierno (565). Se hace difícil comprender la actitud de Belgrano de aceptar cargo tal para el cual no estaba preparado, pero conociendo su vida y su total entrega a la causa de su tierra natal, se comprenden la grandiosidad de su determinación y la finalidad de consagrarse a la obra de la revolución, aún conduciendo un ejército, para lo cual no se hallaba capacitado... aunque sí más que muchos otros (432).

La historia se presta más a señalar su actuación militar, pero donde su figura verdaderamente se ilumina es en su accionar cívico y su personalidad civil (197). Las circunstancias lo llevaron a actuar, durante 10 penosos años, en el medio exclusivamente militar (247). Belgrano jamás se imaginaría por entonces que algún día podría llegar a ser militar y tener a sus órdenes todo un ejército, pues ello estaba totalmente apartado de su formación, pensamiento, forma de ser, educación y cultura (254). No era un genio militar, ni por carrera ni por espíritu, pero había en él capacidad, prudencia, buen sentido y sobrada

habilidad. Era el único a quien se podía recurrir en tales circunstancias [segunda década del siglo XIX] (430).

En la preparación del ejército en que le tocara actuar, el problema principal residía en que, siendo los hombres buenos como soldados, todos pretendían ser oficiales. El deseo de mando, tan desarrollado y parte integrante de la peculiar forma de ser del español, afloraba en el criollo, heredero de su sangre aunque hubiera nacido en América. El criollo poseía condiciones de valor, notable destreza y habilidad a caballo, pero enemigo de la sujeción, la obediencia, la disciplina y el orden (280). Los alimentos [de las tropas] se reducían a ganado en pie. La comida -mejor dicho, la alimentación- sólo consistía en carne asada sin sal, sin pan ni ningún otro comestible (444).

El gaucho no era el indio civilizado, ni el mestizo, sino en su mayoría el europeo-desertor (126). La carne era su alimento; el cuchillo, su arma de defensa; y el caballo, su vivienda ambulante. Sólo las ciudades denotaban algo de civilización, allí estaban los escasos talleres artesanales, las tiendas del comercio, los pocos colegios de enseñanza y los juzgados (128). En la campaña prevalecía el gaucho, que no es un nombre sino un concepto, una tradición. Era indolente por atavismo y jinete por vocación (149). Carecía de instrucción. ¿Para qué la necesitaba? Su pobreza y sus privaciones no le molestaban (150). Como decía Sarmiento, “el caballo es para el gaucho lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades”. Todo lo llevaba puesto, dado que sólo poseía lo que usaba (151).

La idea no era combatir ni dominar por las armas a los pueblos, sino llevarles las motivaciones de Mayo y persuadirlos de que aceptaran a la Junta de Buenos Aires (433). Es notable la habilidad con que Belgrano mantuvo correspondencia con los militares paraguayos, granjeándose inclusive sus simpatías. No integrarían con nosotros una nación, pero tampoco se opondrían a nosotros ni permitirían el avance portugués en tierra guaraní (458). Belgrano no sólo conocía lo que se estaba operando en Paraguay, sino también lo que sucedía en Buenos Aires. Lo lógico hubiera sido que no aceptara la misión, pero ello no cabía en su forma de ser y de actuar (468).

En marzo de 1812 el gobierno decidió nombrar a Belgrano en el ejército del Norte, pero dejándolo un tanto librado a su suerte al no poder prestarle ayuda (500). No obstante encontrarse enfermo, partió inmediatamente para hacerse cargo del nuevo destino, encontrando en lamentable estado las fuerzas que iba a comandar (501). Se dio cuenta que el ejército que comandaba no estaba en un país amigo (504). La tarea de organización y preparación del ejército fue tan ardua como encomiable. No recibía un ejército sino una horda (505). En Jujuy ordenó “tierra arrasada” (506). No huye, retrocede; no se va, sólo se retira (507). Dado su riguroso concepto de la disciplina, Belgrano no era afecto a utilizar el paisanaje para la guerra, pero aquél [el éxodo jujeño] era un caso de fuerza mayor (513). Tenía órdenes de proseguir su retirada hasta Córdoba. Rivadavia, desde Buenos Aires, insistió con la orden, pero la carta llegó una semana después que Belgrano venciera en Tucumán (510).

Belgrano decidió cuando, habiendo enviado a Balcarce a auscultar el ambiente, se había observado una firme determinación de los tucumanos en hacer frente a las fuerzas realistas (511). El 23 de setiembre de 1812 [batalla de Tucumán], tan convencidos estaban los realistas de su fuerza y superioridad, que hasta los oficiales se fijaban en sus relojes para establecer la hora de llegada, calculando que al mediodía la plaza sería de ellos (513). El 20 de febrero de 1813, en la batalla de Salta, Belgrano estaba enfermo y con vómitos de sangre (523). La victoria de Salta tuvo para los españoles características más graves que la de Tucumán, pues los patriotas vencedores podrían avanzar hacia Jujuy, camino de Suipacha, y de ahí pasar a Potosí y quién sabe cuáles podrían ser las esperanzas (526).

Las poltronas burocráticas, en todas las épocas y en todos los momentos, son cómodas, y desde ellas la crítica es sencilla y la guerra fácil (532). Vilcapugio: nadie traía consigo sino lo indispensable y Belgrano percibió cuán deficiente era aún la preparación de sus tropas para poder actuar en la región con perspectivas de éxito (539). Con una situación que les era tan claramente favorables a las huestes patriotas, aparece como un misterio no develado las razones por las cuales las tropas de Belgrano no sólo suspendieron el ataque, sino que convirtieron la persecución en retirada. Lo real es que nunca se ha conocido quien dio la orden de tocar retirada (540). La derrota de Vilcapugio fue grave desde todos los aspectos. Del ejército de 3.000 hombres sólo quedaban 1.000. Belgrano fracasó en razón de un hecho azaroso, accidental y desgraciado, y es muy difícil para un general, aunque tenga gran ascendiente sobre sus tropas, detener el terror que las hace correr despavoridas y a convertir en una derrota lo que pudo haber sido una victoria (543).

Ayohuma: la compulsa entre los jefes dio como resultado que la mayoría se inclinaba por la retirada, más Belgrano, en una forma poco habitual en él, en términos precisos, categóricos y no exentos de energía, dijo: “yo respondo a la Nación con mi cabeza del éxito de la batalla”. Extraña a los historiadores, tanto civiles como militares, esta desconcertante actitud de Belgrano, habitualmente prudente, al haber obrado como lo hizo (547). Al decir de los estrategas, no hizo lo que era aconsejable, o sea lanzarse sobre el enemigo antes de que el total de sus fuerzas hubiera descendido al llano (548).

Belgrano no sabía que con anterioridad a la batalla de Ayohuma, Buenos Aires había decidido sustituirlo en el mando, por José de San Martín. Belgrano debía quedar como jefe de un regimiento, una afrenta que éste no merecía. Cualquiera otro se hubiera retirado del ejército, tras enviarle una violenta nota al gobierno; pero su objetivo no era él, sino la Patria (554). A San Martín le impresionó la sinceridad de Belgrano, a éste la reciedumbre moral del Libertador y la vastedad de sus conocimientos militares (556).

MONARQUÍA. [A comienzos de 1814] Fernando VII había sido restituido, la revolución chilena había fracasado, el bastión español continuaba fuertemente entronizado en Lima como poderoso centro militar, y Brasil no cejaba en sus asechanzas e intentos expansionistas. Todo parecía congeniarse como contrario a la causa americana. El odio a

Buenos Aires alzaba a las provincias; el desorden era la única ley vigente; la disciplina parecía quebrada; el fanatismo en ebullición. Todo hacía prever la guerra civil, que no tardaría en producirse (570). En este contexto Belgrano quiso monarquizar a Argentina, dotarla de personalidad, darle nobleza e imprimirle jerarquía (573).

Trabajó infatigablemente a favor del partido Carlotino, tratando que la infanta Carlota Joaquina -esposa del regente de Portugal, que con su familia había buscado refugio en Brasil, hermana a su vez de Fernando VII- aceptara acceder al trono del Virreinato del Río de la Plata (317).

España, libre de los franceses, envió sus aguerridas tropas a luchar contra los hispanoamericanos, y todos los reyes de Europa apoyaron esa ofensiva. Era un momento verdaderamente crucial para los patriotas (606). La suerte vino en ayuda de Buenos Aires, ya que se supo, vía París, de los grandes estragos que la fiebre amarilla causaba entre las tropas que estaban preparando en Cádiz, para una posible invasión a estas tierras (604).

El director supremo envió a Belgrano y a Rivadavia en misión a Europa, tarea que no era fácil porque se trataba de conseguir que España reconociera nuestra libertad en el manejo de los asuntos del Río de la Plata por los nativos (608). De encontrar los comisionados una España intransigente, deberían buscar el convenio con Inglaterra, Rusia, Francia, Alemania o Estados Unidos, procurando siempre asegurar para estas tierras la libertad política que tanto tiempo se anhelaba (617). Frente al cuadro que Europa presentaba y las intenciones que guiaban a los congresistas reunidos por entonces en Viena, es de suponer cuánto tacto y mesura debían poner en su misión Belgrano y Rivadavia y cuán poca era la simpatía que habrían de despertar como representantes de un gobierno al parecer en franca rebelión contra su Metrópoli y en la búsqueda de su libertad (620).

La independencia por vía del diálogo fue imposible. Cuando los comisionados se convencieron de ello, desistieron de sus propósitos y la lucha armada surgió como solución única y excluyente. Fue entonces cuando San Martín y Belgrano convencieron a los hombres de Tucumán, de que había que declarar la independencia política de las Provincias Unidas de América del Sud (625). Belgrano volvió de Inglaterra profundamente cambiado, no sólo en sus ideas políticas y militares, sino también en sus gustos personales, en sus maneras y hasta en su forma de vestir (632). El 6 de julio de 1816 -nos dice de Gandía- Belgrano expuso en sesión secreta su pensamiento monárquico. Tanto la independencia como la monarquía constituían por entonces sus 2 ideas fijas, casi obsesionantes, y se dedicó a impulsarlas con el ardor que le era característico (648).

En la operación monarquista Belgrano no fue derrotado por los caudillos, ni por los republicanos, sino por los monarcas de Europa (598). El sólo mencionar la palabra república hacía estremecer las testas coronadas de la vieja y tradicional Europa (609).